



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Con el rin como frontera y la frontera como horizonte: ¡Que la Europa de las ideas sea libre!

Autor: Steger, Hanns-Albert

Forma sugerida de citar: Steger, H. A. (1999). Con el rin como frontera y la frontera como horizonte: ¡Que la Europa de las ideas sea libre!. *Cuadernos Americanos*, 1(73), 135-149.

Publicado en la revista:

Datos de la revista: *Cuadernos Americanos*

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XIII, núm. 73, (enero-febrero de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Con el Rin como frontera y la frontera como horizonte: ¡que la Europa de las ideas sea libre!*

Por *Hanns-Albert STEGER*
Universität Erlangen-Nürnberg, Alemania

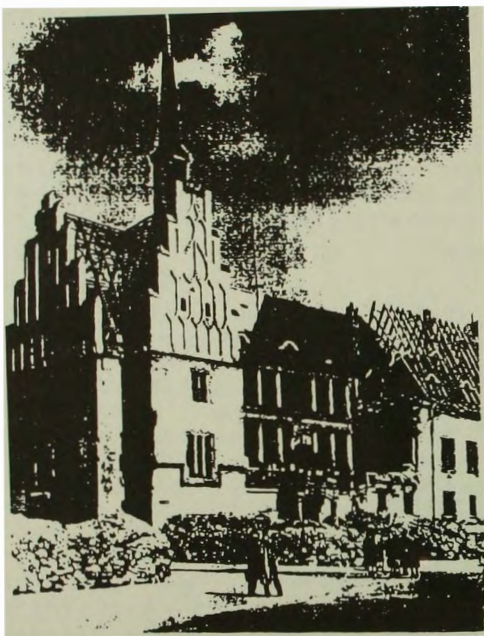
NO ES FÁCIL PARA UN CIUDADANO alemán hablar de fronteras, de horizontes, de Europa y de la libertad de las ideas el cincuentenario del 8 de mayo de 1945. Sé muy bien que hoy es sencillamente imposible sin evocar algunas paradojas. Pero por lo menos trataré, aunque sea para que no nos quedemos mudos frente a lo que pasó, a lo que pasa y a lo que pasará.

* * *

HE aquí una vieja foto del antiguo ayuntamiento de Halle sobre el Saale, tomada después de la guerra.¹ Esta construcción con una magnífica loggia remontaba al Renacimiento (por otra parte recuerda a la del castillo de Heidelberg). La loggia fue arrasada por las bombas, pero el ayuntamiento quedó más o menos reconocible. Los escombros fueron minuciosamente apilados. Detrás de la techumbre, se puede distinguir un lienzo de pared más reciente al que está fijada una antena. Ahí se encuentra la construcción que albergó las oficinas del Partido, de la Gestapo, del comando del ejército alemán, etc. Cuando teníamos que elegir entre la destrucción y la entrega, señalamos esta construcción a los artilleros norteamericanos. Los obuses dieron en lo alto de la Torre Roja y el viejo ayuntamiento. El régimen comunista hizo restaurar el recubrimiento de la torre y se dejó el monumento consagrado al compositor Friedrich Händel, entre la torre y el ayuntamiento, pero de éste no queda nada hoy día. Ha desaparecido, arrasado, sacrificado a la locura de la ideología comunista.

* Véase nota en página 147: este texto se originó en una conferencia pronunciada en Liestal en ocasión de la inauguración de la exposición "Nach dem Krieg" (Después de la guerra) en Baselland (Liestal), Mulhouse y Lörrach, el 8 de mayo de 1995.

¹ En Ernst Ludwig Bock, *Übergabe oder Vernichtung. Eine Dokumentation zur Befreiung der Stadt Halle im April 1945*. Halle, 1993.



Quienes quisieran saber lo que yo hacía, y cómo viví ese día funesto, que se remitan al libro de Ernst Ludwig Bock consagrado a Halle sobre el Saale. Ahí relató todo lo que hay que decir sobre ellos.² Esto nos lleva naturalmente a las razones que me hacen hablar de este tema.

Todos nosotros, que hemos participado de una u otra manera en los acontecimientos de los últimos dos tercios del siglo, hemos tomado parte en las enormes transformaciones de la historia de nuestra época, como nazis o antinazis, comunistas o anticomunistas, revolucionarios o conservadores, o cualquier otra cosa. Claro que estas transformaciones de la historia, una iconoclastia en el sentido más brutal del término, no son algo nuevo en las sociedades; se habla de “destrucción creativa” (a veces legitimada por lo que yo llamo la “criminalidad de los arquitectos”). Sin embargo, mucho habría que buscar para encontrar otra época en la que se haya odiado tanto a Alemania y a su historia. Anunciamos la muerte de nuestra historia y no queremos ver que esto también supondría la muerte de nuestra identidad. Felizmente la historia no puede ser eliminada como sería eliminado un feto que no se quiere: imperturbable, prosigue su camino, queramos o no. Pretender vivir en la “post-historia” no cambiará gran cosa. La lengua, verdadera conciencia cristalizada y tangible de nuestra historia, está en condiciones de asimilar las peores rupturas que no son, sin embargo, simples objetos históricos (y que podrían entonces, como viejas cartas, ser archivados). Por el contrario, están guardadas para ser continuamente presentadas. Distinguimos, para no citar más que tres ejemplos: a) el repertorio de los nombres donde se ha conservado cuidadosamente, desde la Edad Media germánica, el amplio espectro de imágenes que nos hacemos de la personalidad: los nombres latinos, hebreos, griegos y germánicos sellan la unión histórica europea; poco importa que un niño se llame Dietrich o Thierry; b) la estructura profesional del mundo de los oficios de la Edad Media ha continuado ininterrumpida en nuestros apellidos; c) la casta de los caballeros, con sus torneos, sigue viviendo en nuestro lenguaje cotidiano a través de expresiones como “romper lanzas por alguien”.

Pero nuestro propósito aquí no es estudiar la historia de las lenguas. Por el contrario, se trata de acordarnos de las huellas de la conciencia con la cual hemos crecido. Entre estas huellas, al lado

² Bock, *Übergabe*, p. 24.

de nuestra lengua, conviene también incluir la música, el arte, la estética, el estilo del discurso científico y sobre todo los conceptos (especie de monedas) que utilizamos para comprendernos mutuamente.

En este punto, el término “moneda” merece alguna explicación. En efecto, los conceptos han sido comparados con monedas.³ Nuestras convenciones y nuestras experiencias históricas cargan de significados complejos los conceptos que, en principio, están libres de toda connotación negativa (los conceptos de “frontera, horizonte y libertad” evocados al comienzo podrían servir como ejemplo); se da así en lo que los sociólogos llaman pomposamente “reducción de complejidad”. Desgraciadamente, a menudo se olvida usar estas monedas del mismo modo que se usan los escudos regionales, nacionales o internacionales. Pues si no fuera éste el caso, comprenderíamos enseguida que la palabra alemana *Grenze* tiene un “valor” distinto al de la francesa *frontière* o la angloamericana *frontier*. Esto implica el problema de la circulación de estos conceptos-moneda y de las circunstancias, incluso las condiciones de cambio de una moneda por otra. La circulación de estos conceptos-moneda sufre variaciones en el tiempo y el espacio. Es muy importante prestar atención a estas consideraciones para comprender mejor el problema que quiero suscitar con ustedes.

Tomemos la palabra *Grenze*: es asombroso ver que la lengua alemana no produjo una palabra apropiada para designar una frontera. Tomó prestada una palabra polaca, *granica*, o posiblemente checa, *hranice*. De hecho, la palabra fue introducida por Lutero (*Grentze*). Los textos en alto alemán empleaban las palabras *mark*, *gend*, *umkreis* (marca, región, alrededores). Es decir que en lugar de hablar de la parte frontal (*frontera*) se habla de alrededores. He aquí la finalidad de mi exposición: a la palabra francesa, que significa “parte frontal”, no corresponde ninguna palabra en alemán, sino la palabra griega *horizonte* (de *orízein*, limitar, con el valor de campo visual). En época de Lutero se trató, evidentemente en vano, de introducir la palabra *Aug-end* (aproximadamente, con el valor de campo visual). Este fracaso se explica por la situación de la cultura alemana después de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648)⁴ que vio la derrota de los alemanes y la victoria de los sui-

³A. Sohn-Rethel, *Geistige und körperliche Arbeit. Zur Theorie der gesellschaftlichen Synthesis. 1 Teil: Warenform und Denkform*, 1972 (1970).

⁴G. Barudio, *Der Deutsche Krieg 1618-1648*, Francfort del Meno, 1985, pp. 30ss.

zos y de los franceses. Es así que las palabras alemanas, como si fueran monedas, fueron más o menos bruscamente intercambiadas por palabras francesas. Se cambió de concepto-moneda, lo cual conllevó la eliminación definitiva del término *Aug-end*.

Estos conceptos tienen un campo de significación temporal, espacial y cultural; a ello se refieren las reducciones de complejidad. Desde el siglo XVIII se “paga” en Alemania en moneda conceptual “francesa”. Es así que hemos dado a la palabra polaca-queca de *Grenze* el sentido de la palabra francesa *frontier* (aún en Schiller) que se convertirá luego en *frontière*.⁵ Para decodificar el enunciado “Grenze und Horizonte”, lo acabamos de ver, necesitamos un aparato descifrador bastante complicado. El ejemplo más sutil nos es dado por Kant: el concepto francés de *raison* es definido como la “reunión de las facultades intelectuales que distinguen al hombre de la bestia: derecho-deber-equidad”. La palabra *raison*, del latín *ratio* (cálculo, cifra, operación), se reencuentra en el alemán *raten*. Por el contrario, no sucede lo mismo con la palabra alemana *Vernunft* que corresponde a “aprehender”, “entender”, comprender”, “asir”. Para explicitar la palabra *raison*, Kant habla de la “reine Vernunft” (de “razón pura”). Pero no por eso cambia el hecho que la *Vernunft* aprehende, percibe, y la *raison* clasifica, lo cual no es evidentemente la misma cosa.

Pero basta de acrobacias lingüísticas. Retengamos que los alemanes y los franceses interpretan su entorno de manera diferente. Evidentemente, una no es mejor que la otra. Se trata simplemente de interpretaciones diferentes, no de valores diferentes. El pensamiento en términos de “horizontes” prevalece al este del Rin, mientras que al oeste es la idea de “fronteras” la que predomina. Pero, volviendo a nuestro ejemplo inicial, es necesario agregar un matiz no despreciable. En efecto, formulada de esta manera, la afirmación no es del todo exacta. La población que, al oeste del Rin, habla y piensa en “germánico”, piensa también en términos de “horizontes”, aun cuando emplee el término conceptual de “frontera”.

Una imagen nos permitirá estudiar este problema más en profundidad y comprender mejor a qué puede corresponder la forma de pensamiento de “horizonte”: un hombre está en una habitación oscura, con una lámpara en la mano. La luz proyectada constituye

⁵ Cf. también las explicaciones de Denis Richet sobre el término “fronteras naturales” en François Furet y Mona Ozouf, eds., *Dictionnaire critique de la Révolution française*, París, Flammarion, 1988, pp. 742-750.

su horizonte. Es suficiente que se desplace, o simplemente que mueva la lámpara, y su horizonte se desplazará al mismo tiempo. Cuando otra persona llevando una lámpara entre en la habitación, los dos horizontes pueden permanecer uno al lado del otro. Pero pueden también recortarse. En este caso, habrá un espacio con un horizonte común. Este espacio podría favorablemente servir de lugar de “intercambio” de una “moneda” por otra. En esta zona se mueven los “cambistas”, y realmente son “cambistas culturales”, cambistas para nuestros “conceptos-moneda”, lo que nos hace falta. Las *Grenzen* del lado alemán no están más fijadas en nuestra imagen. Tienen, en efecto, horizontes que pueden cambiar de lugar sin perder su calidad. Esto está ligado a una experiencia migratoria milenaria desconocida entre los galos. De ahí la inmensa incompreensión recíproca tanto de un lado como del otro.

Esta problemática puede ser retomada a partir de dos puntos extremos del espacio-tiempo que, en este contexto, nos interesa. Tomemos ante todo los Juramentos de Estrasburgo: el 14 de febrero de 842, las tropas de Carlos el Calvo, cuya lengua es el latín vulgar, y las tropas de Luis el Germánico, que hablan el antiguo alto alemán, pronunciaron cada una en la lengua del otro los Juramentos de alianza en la neblina de la llanura renana. “Un cuadro místico de paganismo cristianizado en una atmósfera de largos meses de brumas caras al rey de los alisos”. He aquí cómo Robert Minder describe esta escena.⁶ No se trataba de una división del imperio, como ha podido decirse en muchos relatos históricos, sino del establecimiento de los horizontes *al interior* del imperio: el oeste, el centro y el este, tales son nuestras maneras de pensar, todavía hoy.

Volvamos la mirada hacia la otra extremidad del espacio-tiempo. Más de mil años más tarde, mientras está instalado en la Selva Negra, Heidegger reflexiona en la posibilidad de “descolonizar” la lengua del pensamiento filosófico alemán. Robert Minder emprendió un estudio del discurso de Heidegger sobre Johann Peter Hebel.⁷ No dejó de criticar violentamente “la lengua hablada en Messkirch”⁸ y al mismo tiempo la filosofía de Heidegger es “a su manera algo real, evidente, inevitable y comparable al galardonado

⁶ Robert Minder, *Dichter in der Gesellschaft. Erfahrungen mit deutscher und französischer Literatur: Heidegger und Hebel oder die Sprache von Messkirch*, Francfort del Meno, 1966, p. 216.

⁷ Poeta alemán, 1760-1826, que escribió en lengua dialectal.

⁸ Messkirch, pequeña ciudad a veinte km. de Sigmaringen.

ganado de Messkirch".⁹ Claro que Robert Minder, ese gran francés de Alsacia, comentarista alsaciano de la literatura alemana y francesa, dejó demasiado libre curso a su cólera, por cierto justificada, contra Heidegger. Por otra parte, en el mismo texto se excusa en estos términos: "Generaciones de pensadores han sido empujados o sacados de las casillas por esta filosofía. El orgulloso navío continúa su empuje... No es un par de tiros contra los flancos el que lo hará hundirse. Una vez que haya realizado su tarea, el pirata [Robert Minder] desaparece con su barco".¹⁰

Acabamos de emplear la palabra "literatura" en singular, mientras en francés es necesario el plural. Pero la pensamos en singular, ya que deberíamos aprender a comprender la "literatura" como un fenómeno global y no de Estados nación que se enfrentan. Minder, por otra parte, no escribió únicamente sobre Heidegger; también redactó un ensayo muy influyente sobre su amigo Alfred Döblin.¹¹ El autor de *Berlin-Alexanderplatz* (1929) no estimuló del mismo modo los espíritus de la Alemania de posguerra; pero tuve ocasión de apreciarlo cuando era inspector de literatura francesa en Baden-Baden. Entonces realizaba mis estudios en Tubinga, esa universidad que, durante el verano de 1948, era el centro de la vida intelectual de la posguerra, y esto gracias a una política cultural francesa de una calidad excepcional. Todo esto, por otra parte, está descrito en el libro de mi compañero de estudios Michel Tournier, *Le vent Paraquet*, donde evoca este periodo común en nuestras vidas.¹²

Por ahora, sería sin duda positivo que alguien lograra presentar un panorama de conjunto de la política cultural practicada en Francia durante este periodo de ocupación. La principal preocupación era, como puede comprobarse hoy con cincuenta años de retraso, una imagen de Alemania regida por la cultura de la política. Wilhelm Hausenstein, embajador alemán en París de 1951 a 1953 y de 1953 a 1955, representaba perfectamente este espíritu de la "tercera Alemania", con la cual tanto habían soñado Carl August von Weimar y su amigo Goethe. Del mismo modo que ellos, Alfred Döblin fracasó. Fue como consecuencia de esta decepción que volvió a París en 1951. Era la época de las discusiones sobre el

⁹ H. Seubert, *Deutsch-französische Verständigung: René Schickele*, Munich, 1993, p. 262.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*, pp. 155ss., "Alfred Döblin zwischen Osten und Westen".

¹² Michel Tournier, *Le vent Paraquet*, Paris, Gallimard, 1977.

rearme, de la crisis en torno al presidente Heinemann y de los comienzos de la Banda en Bader. Tournier expresa por otra parte abiertamente su opinión en una entrevista concedida a Fritz J. Raddatz, del periódico *Die Zeit*: “No hay que buscar las causas de la evolución negativa de la RDA en la RDA. El mal del que sufrió la Alemania de la posguerra se llama Adenauer. Es, después de Hitler, la segunda catástrofe alemana. Quiso la división del país y la ha cimentado. La propuesta de Stalin de organizar elecciones libres en toda Alemania fue barrida por él”.¹³ Que fuera así o no, una cosa es cierta: la política cultural llevada a cabo por Francia durante el periodo de ocupación se sitúa en la tradición de la política alemana tal como fue llevada a cabo por Carl von Dalberg, el último archicanciller del Sacro Romano Imperio Germánico.¹⁴ Éste consideraba al imperio francés, en 1806, como el regazo en el cual podría y debería desarrollarse el feto de una Alemania renovada a imagen de la universidad alemana de Estrasburgo, ciudad francesa que, mucho antes de la Revolución Francesa, llevaba en su seno el clasicismo alemán de Weimar.¹⁵

Si evocamos la universidad alemana en la ciudad francesa de Estrasburgo, es porque deseamos recordar la extraordinaria riqueza de esta época durante la cual la visión alemana de “horizonte” interfería con la visión francesa de “frontera”: en efecto, hasta la Revolución Francesa los territorios alsacianos y loreneses estaban exentos de impuestos y considerados como “provinces d'étranger effectif”. El desarrollo de los Estados nación en el siglo XIX rechazó bruscamente la visión de “horizonte”. La conciencia colectiva del valle del Rin superior, que se desarrolló durante este periodo en el cual “horizonte” y “frontera” interferían, no participó en la instalación rigurosa del concepto de frontera. Las discusiones sobre este tema con las autoridades de París, que tenían y que tienen siempre dificultades para entender la situación, prosiguen todavía hoy. Han sido, después de la Primera Guerra mundial, el origen

¹³ Entrevista de Fritz Raddatz con Michel Tournier en *Die Zeit*, núm. 19, 6-5-1988, p. 57.

¹⁴ Hanns-Albert Steger, “Eine Drei-Einigkeit: die Französische Revolution-Napoleon-und die Erfindung Deutschlands”, pp. 65ss., en Steger, ed., *Die Auswirkungen der Französischen Revolution ausserhalb Frankreichs*, Neustadt-an-der-Aisch, 1991, pp. 48-84 (trad. esp. “Una tri-nidad: la Revolución Francesa, Napoleón y la invención de Alemania”, *Cuadernos Americanos*, núm. 21 [mayo-junio de 1990], pp. 9-62).

¹⁵ Hanns-Albert Steger, “Strasbourg”, *Revue des Sciences Sociales de France de l'Est*, Villes mémoire-villes frontière, Cahier núm. 19 (1991-1992), p. 12 [en este mismo número de *Cuadernos Americanos*].

del movimiento alsaciano de autonomía cultural,¹⁶ que condujo a fines de los años veinte al conflicto bien conocido con la administración central francesa.¹⁷

El destino de hombres que han atravesado este periodo es rastreado en detalle y con mucha emoción en la trilogía *Das Erbe am Rhein* (1925-1931) de René Schickele.¹⁸ Schickele, nacido en Obernai, no pertenece ya a la literatura alemana. Fue expulsado en la primavera de 1933 de la Academia Prusiana de las Artes, sección Poesía, y durante mucho tiempo (esperamos que ya no más) fue considerado como un “autor regional” y como consecuencia como un cero a la izquierda, una apreciación que evidentemente está del todo equivocada. Schickele fue expulsado de la Academia por los nazis que le reprochaban sus lazos con Suiza durante la guerra y sus actividades como jefe de redacción de la revista *Weisse Blätter* (editada por Rascher u. Cie. en Zurich, filial en Leipzig), bien conocida por sus posiciones críticas frente a la guerra. Los motivos presentados fueron que durante la guerra, “Schickele dirigió en Suiza, fuera de las fronteras del Reich alemán, la revista *Weisse Blätter*”, que se proponía preparar el terreno para una Comunidad europea y es por esto que “la censura alemana debía prohibir la mayoría de las revistas”.¹⁹

En Alsacia tampoco era aceptado. Era considerado “un alemán, es decir, menos que nada”.²⁰ Como él nos dice: “Pero para ellos soy ‘el boche’, que no quiso saber de su patria en 1918”.²¹ De su parte, Pierre Bucher, fundador en 1889 de la *Revue Alsacienne Illustrée*, declaró: “¿Schickele? No hay duda, Schickele fue siempre un buen alsaciano. Pero ahora lo que nos hace falta son buenos franceses”.²²

René Schickele, ese ciudadano francés, se encontró, sin embargo, “en más de un sentido en el exilio en Francia”, cuando debió abandonar Badenweiler en 1933, como él mismo dice: “Y sí, a veces tengo la impresión que nosotros, los habitantes de las mar-

¹⁶ H.-V. Beyer, *Elsass Anfang 1918-Ende 1919 und die Frage nach der deutschen Kultur*, Viena, 1995.

¹⁷ M. Essig, *Das Elsass auf der Suche nach seiner Identität*, Munich, 1994, pp. 131 ss.

¹⁸ René Schickele, *Das Erbe am Rhein*, tomo I, *Maria Capponi*, Munich, 1925; tomo II, *Blick auf die Vogesen*, Munich, 1927; tomo III, *Der Wolf in der Herde*, Berlin, 1931, ahora en H. Kesten, ed., René Schickele, *Werke in drei Bänden*, Colonia-Berlin, 1959

¹⁹ Seubert, *Deutsch-französische Verstandigung*, pp. 141 ss.

²⁰ *Ibid.*, p. 114.

²¹ *Ibid.*, p. 152.

²² *Ibid.*, p. 114

cas, vivimos en la emigración”. Se ve, y Holger Seubert tiene mucha razón al subrayarlo, “en el exilio en el exilio”,²³ porque como ciudadano francés parecía sospechoso a numerosos “colegas de exilio” (no todos alemanes), que lo evitaban y terminaron por aislarlo. La respuesta a esta situación se resume en esta frase de André Weckmann, en la cual afirma que era posible “ser alsaciano en todas partes, excepto en ese no-país donde son miopes [...] que sin embargo uno ama, aunque naufrague”.²⁴ Es aquí que tocamos con el dedo lo que A. Finck y M. Staiber llaman el “Geistige Elsässertum”²⁵ (aproximadamente “alsacianidad espiritual”).

En su ensayo titulado “Die Grenze”, Schickele describe un paseo a Viel Armand, donde tuvieron lugar duros combates durante la Primera Guerra mundial (ustedes conocen seguramente el osario en el cual reposan las osamentas de 30 000 jóvenes, 60 000 perdieron la vida). Desde ahí arriba, Schickele contempla la llanura del Rin superior y escribe: “El país de los Vosgos y el de la Selva Negra parecían dos páginas de un libro abierto, y yo veía muy bien que el Rin no las separaba sino que las reunía. Una página mostraba el este, la otra el oeste, y en cada una se podía leer el comienzo de una canción distinta pero hermanada”.²⁶ Y mucho antes que la locura nazi inundara nuestro país, Schickele escribía: “De mi parte, creo en una Europa unida cuyo corazón debe ser, y será, la alianza franco-alemana. ¡Adelante!”.²⁷

Lamentablemente es imposible exponer aquí toda la complejidad de la posición de Schickele. Una cosa es cierta: esta “geistige Elsässertum” (alsacianidad espiritual) hace parte de un proceso que acaba en Europa. El acercamiento franco-alemán es “una obra europea —como puede decirse de todas las obras y todas las acciones que son válidas tanto para Francia como para Alemania. La síntesis de los dos pueblos es Europa”.²⁸ Para Schickele, esta Europa es “el imperio espiritual de Carlomagno, una gigantesca pla-

²³ *Ibid.*, p. 140.

²⁴ *Ibid.*, p. 152, nota 13.

²⁵ A. Finck, M. Staiber, *Elsässer-Europaer-Pazifist. Studien zu René Schickele*, Kehl, Estrasburgo, Basilea, 1984; véase también Seubert, *Deutsch-französisch Verständigung*, pp. 51ss y p. 120.

²⁶ René Schickele, “Wir wollen nicht sterben” (Munich, 1922), en Schickele, *Werke*, III, p. 123.

²⁷ Schickele, “Die Grenze”, en *Werke*, III, p. 614.

²⁸ Schickele, Discurso en ocasión del 60º aniversario de Romain Rolland, en *Werke*, III, pp. 681ss.

taforma giratoria con la catedral de Estrasburgo como eje”.²⁹ Aquí se reencuentra la posición expuesta por Carl von Dalberg, el último archicanciller del Sacro Romano Imperio Germánico, en su ensayo *Consideraciones sobre el carácter del emperador Carlomagno*, consagrado en 1806 a Napoleón.³⁰ Schickele, por su parte, declara:

O la Europa será, y acabará la tragedia y el drama satírico que se representa entre el Rin y los Vosgos. O la Europa no será. Y entonces Alsacia no será más que una aguja en un pajar [...] pero esto no sucederá [...] ¿y ustedes creen en Europa, en una confederación de Estados, en una comunidad europea? ¡Como creo en la vida! Sólo que no sé quién la va a realizar, si París o Berlín o Moscú. Si París y Berlín lo quieren, entonces tienen que darse prisa.³¹

Déjenme agregar otra cita para dejar todo claro: “O la decadencia común o la reconstrucción común, es decir alejamiento de la barbarie a la que nos podría precipitar la desgracia y la desesperación, o la reasunción en nuestras manos de la conducción de Europa fuera del caos y hacia un nuevo orden”.³² Pero nuestra reflexión no debe detenerse ahí. Aún debemos interrogarnos sobre la conciencia nacional de quienes van a tomar en sus manos este destino. Schickele dice al respecto: “Creo que una Alsacia alsaciana en la cual se mezclara la esencia alemana con la esencia francesa sobre un suelo indiscutible e indudablemente francés podría contribuir en medida no pequeña a preservar la paz”.³³

Si así es, y lo suscribo totalmente, quisiera agregar algunas anotaciones importantes sobre la libertad. En el capítulo iv de su ensayo “Das ewige Elsass”, Schickele cita a Jules Romains (1885-1972), miembro de la Academia Francesa, para el cual la cooperación franco-alemana era la garantía del porvenir: “No habrá más cuestión alsaciana e! día que un parisino atraviese Alsacia en compañía de un berlinés y declare tranquilamente al ver el paisaje: “¡Qué germánico es esto!””.³⁴ Para Schickele la Universidad de

²⁹ Schickele, “Das Erbe Europas”, en *Werke*, I, p. 389.

³⁰ Steger, “Eine Drei-Einigkeit”.

³¹ Schickele, *Der Wolf in der Herde*, en *Werke*, III, p. 1010. Una visita en otoño de 1995 a la gran exposición berlinesa, “Berlín-Moscú/Moscú-Berlín” permitió entender hasta qué punto Moscú era actualidad en esa época (1931).

³² Schickele, “Schicksal”, en *Werke*, III, p. 281.

³³ Schickele, “Aufsätze und Reden”, en *Werke*, III, p. 1009.

³⁴ Schickele. “Essays: Die Grenze” en *Werke*, III, p. 618.

Estrasburgo es (excepto entre 1872 y 1918) “un laboratorio y un instituto espiritual de etnología comparada en cuya calidad existió y actuó durante siglos”.³⁵ Seguramente está por serlo nuevamente, pero parece que ni Francia ni Alemania todavía lo entendieron bien. Para nosotros, Alemania (no puedo hablar por los franceses) pertenece al fenómeno descrito por Jean Giraudoux en *Siegfried et le Limousin*: “Alemania es un gran país humano y poético del cual la mayoría de los alemanes hoy día perfectamente prescindan, pero del cual no he encontrado equivalente, a pesar de las búsquedas que me llevaron de Cincinnati a Granada”.³⁶

En lo que respecta a Francia, podemos afirmar que el regreso a un pensamiento dominado por la idea de horizonte no se hará sin importantes dificultades. Es por esto, para completar esta exposición —en la cual hemos abordado ampliamente los temas de frontera y de horizonte— que vamos a evocar la “Europa de las ideas” y el concepto de libertad.

Hegel definió el viejo imperio alemán de 1800 como “Gedankenstaat” (Estado mental).³⁷ Para nosotros, la Europa de 1995 es, del mismo modo, una “Gedanken-Europa” (Europa mental; traslado a la realidad europea de 1995 el texto escrito en 1802 por Hegel, reemplazando la palabra “Imperio” por “Europa”). En esta Europa de las ideas, la realidad se traduce por el hecho que, concretamente, es irreal. Pero esta irrealidad es también una realidad que se explica jurídicamente. Esto no es posible sino a través de una resolución según la cual toda violación de una orden debe ser castigada (por ejemplo, la violación de la zona de protección de Bosnia). Debe ser castigado también quien impide que la orden sea puesta en aplicación.³⁸ Sin embargo, una zona de protección corre el riesgo de convertirse en una “cosa del espíritu” que no estamos obligados a respetar.

Pero esto no es con seguridad lo que quiere decir la frase “Que la Europa de las ideas sea libre”. Pensamos en cambio en la *Freyheit*, con la tradicional acepción política del término, el cual hasta 1806 (fin del viejo imperio), era entendido con el término *Libertät*, que no tiene nada que ver con el concepto revolucionario francés de *liberté*.³⁹ *Libertät* representaba la libertad de decisión en el cuadro

³⁵ *Ibid.*, p. 620.

³⁶ Jean Giraudoux, *Siegfried et le Limousin*, París, 1922, p. 21.

³⁷ Más detalles sobre este tema en Steger, “Eine Drei-Einigkeit”.

³⁸ *Ibid.*, cf. también G.W.F. Hegel, *Kritik der Verfassung Deutschlands*, Kassel, 1893.

³⁹ Steger, “Eine Drei-Einigkeit”.

del derecho feudal, recurso supremo del Imperio frente a los Señores. Una “Europa de las ideas” no es pues “libre” sino en la medida en que implica obligaciones para todos nosotros, pero que también está obligada. En efecto, somos nosotros quienes tenemos necesidad de esta *Libertät* (que no se traduce por *liberté*) que se obliga y que no se conforma con despegarse, liberarse. No es siempre el caso en el momento actual de Europa, y nuestra política europea actual se convierte en el hazmerreir de la Historia y de nuestra época.⁴⁰

Me gustaría concluir evocando una discusión sobre la relación con la lengua, pero sin abrir un debate sobre el tema. Les propongo ante todo esta declaración francesa, por cierto encomiable por su franqueza, pero que no habría que generalizar forzosamente. Michel Tournier, en efecto, declaró un día a sus lectores franceses:

Yo, escritor francés, tengo el privilegio, por mi francesidad superior, de poder a mi antojo abrumar a Francia de las peores críticas, de las más sucias injurias. A ustedes que me leen, si no son ustedes también escritores franceses, sólo les otorgo el derecho de escucharme parados y descubiertos, como si escucharan *La Marsellesa*.⁴¹

Y he aquí ahora las manifestaciones de un alemán, aunque es imposible suscribirlas del todo. En la *Jenaische allgemeine Literatur-Zeitung* de 1804 a 1806, en la cual comentaba la recopilación de poemas germánicos de Johann Peter Hebel (*Alemannische Gedichtsammlung*, 1804), Goethe declaró en un desborde de entusiasmo:

Quizás podría hacerse al autor la siguiente objeción: para una nación, un paso esencial hacia la cultura se da cuando se traducen obras extranjeras en su lengua. Del mismo modo, se da un paso hacia la cultura de una provincia cuando se dan a leer a la nación sus obras en su propio dialecto. ¡Que el autor intente traducir poemas que son de buen tono en alto alemán en su dialecto del Rin superior! Los italianos sí han traducido a su Tasso en varios dialectos.⁴²

Se trata en efecto de hacer entender a ustedes que en nuestra Europa de las ideas prestamos demasiada poca atención a las realida-

⁴⁰ Hegel, *Kritik*, p. 63.

⁴¹ Tournier, *Le vent Paraclet*, p. 88.

⁴² Johann W. Goethe, “Deutsche Literatur-Rezensionen: *Alemannische Gedichte* von J. P. Hebel”, 1804.

des de la lengua. Utilizamos las lenguas como mercancías para intercambios comerciales, ya sea que se trate de interpretación simultánea o consecutiva, y las utilizamos como un vehículo, pero olvidamos que estas lenguas, portadoras de la memoria, representan para cada pueblo una estructura muy específica de símbolos que, naturalmente, son de naturaleza diferente, pero no de valor diferente.

Quizás Johann Peter Hebel nos ayude a encontrar la solución: Hebel (1760-1826), al que hemos evocado en varias ocasiones, nació en Basilea. Hizo sus estudios en Erlangen y enseñó en Lörrach. Robert Minder lo evocó varias veces, fue objeto de un discurso de Heidegger (1957), y fue mi profesor Gerhard Hess quien nos lo hizo descubrir. Nacido en Lörrach y profundamente apegado a la ciudad de Basilea, Hess (1907-1983) era a la vez alemán y suizo. Nos sumergió en el humanismo del Rin superior. En su “Discurso en memoria de J. P. Hebel” (el 14 de mayo de 1953 en Lörrach)⁴³ evoca un diálogo entre el alsaciano Lucien Herr, bibliotecario en la Escuela Nacional Superior, y Rainer Maria Rilke. Lucien Herr cita la primera estrofa del poema del poema de Hebel *Gewitter*:

Der Vogel fliegt so tief und still
und weiss nit, woner ane will...⁴⁴

Rilke le pregunta entonces qué significa la palabra “ane”. Lucien Herr se impacienta y traduce entonces en alto alemán:

Der Vogel fliegt so tief uns still
un weiss nicht, wo er hin will...

Y agregó malhumorado: “Pero esto no representa nada más y ya no tiene contenido poético; todo el encanto de la poesía desaparece. Todo está en el *ane*. Es por esto que no pueden ser disociados: la lengua y el poeta son uno solo”.⁴⁵

La calidad de nuestra vida común en Europa dependerá del logro de nuestros esfuerzos para liberarnos de la deificación de las lenguas nacionales (Tournier) así como del concepto de literatura

⁴³ Gerhard Hess, *Gesellschaft-Literatur-Wissenschaft*, Munich, 1967, pp. 173ss. (“Rede auf Hebel”).

⁴⁴ El pájaro vuela tan alto y tan tranquilo, / y no sabe dónde va a ir.

⁴⁵ Hess, *Gesellschaft*; Minder, *Johann Peter Hebel*, p. 108ss., p. 135.

universal (Goethe). El diálogo entre Lucien Herr y Rainer Maria Rilke podría ser un esbozo de solución a nuestro problema. Ustedes que están en Suiza podrían ayudarnos, a nosotros y a Europa, si quisieran. Si nosotros queremos convertirnos en europeos, debemos, todos, manejar de otra manera nuestra lengua. En lugar de reducirla a su papel comercial de factor de comunicación, deberíamos aprender a amarla como se ama a una bella mujer. La lengua debe ser entendida no en términos de fronteras sino en términos de horizontes vitales comunes a fin de poder extraer nuestra “Europa de las ideas” de los escombros dejados por los Estados nación occidentales en descomposición en Europa oriental y en Europa central. Citemos para terminar esta frase de René Schickele: “El país que se extiende entre la Selva Negra y los Vosgos es el común jardín donde se esparcen libremente el espíritu alemán y el francés y donde se confrontan para edificar obras comunes, que serán los nuevos monumentos de Europa”.⁴⁶

Con el Rin como frontera y la frontera como horizonte. ¡Que la Europa de las ideas sea libre!

Traducción de Hernán G. H. Taboada

⁴⁶ Schickele, “Lettre à A. Kolb”, en *Werke*, III, p. 602.